

CONTEMPLAR EL ICONO EN LO PROFUNDO

El tema de esta conferencia confronta dos realidades: el icono y la oración profunda. Trataré de ofrecer sencillamente algunas sugerencias y reflexiones que ayuden a convertir la contemplación del icono en una experiencia de profundidad transformante. Para realizar este cometido de manera fácil y accesible a todos, quiero recordar un acontecimiento que tuve ocasión de vivir algunos años atrás en un pueblo de África Central.

Estaba desarrollando mi curso de oración profunda ante un grupo de nativos, a los cuales se habían unido algunos misioneros y misioneras de origen europeo. Durante los días del curso había observado en general este hecho: los nativos menos intelectuales y más contemplativos, entraban mucho más fácilmente en contacto con los métodos de la oración profunda, mientras que los europeos, pese a su buena voluntad y deseo, se encontraban a menudo limitados por una cantidad de prejuicios y actitudes originadas por su cultura y herencia más racionalistas, menos inclinadas a la simple contemplación y a la oración con uso de una imagen. Este era el caso de una religiosa que me había manifestado sus continuas dificultades en relajarse para entrar en contacto con su yo profundo, y realizar así una experiencia de oración de modo más integral y contemplativo. A la mitad del curso esta religiosa experimentó un cambio total e inesperado en su actitud interior. Esto sucedió justo el día en que enseñé los diversos métodos para la meditación del icono. La misma religiosa comunicó así su experiencia:

Hasta ahora me había quedado detenida en profundidad ante un icono, con un gran silencio, que es como debe ser contemplado. Esta mañana, frente al icono de la Virgen Vladimirskaia, he recibido una gran gracia de Dios. El centro de mi mirada era la mano del Niño que aparece atrás del cuello de la Virgen... Cuando "llegué" con la mano del Niño al centro de mi corazón, sentí verdaderamente que aquella manita tocaba mi corazón... entonces vibró en mí algo que nunca podré explicar; ¡todavía ahora la mano se me hace PRESENCIA en el corazón!

MI ESPÍRITU reaccionó con un canto hecho de suaves lágrimas y al mismo

tiempo lleno de gozo y de coraje... yo dejé desarrollarse este canto hasta cuando llegó el fin de la contemplación. Después, durante el paseo en el bosque, volvieron las lágrimas y la PRESENCIA se extendió durante todo el día. Y ahora el sentimiento, la primera impresión y la PRESENCIA, continúan muy, muy en lo profundo... y siento al icono actuar tanto muy adentro como afuera de mí misma.

Aquí tenemos una hermosa manifestación de la gran gracia del icono y al mismo tiempo de la meditación profunda; por eso las dos realidades coinciden en este gran don deseado con pasión por los buscadores espirituales de todos los tiempos: la gracia de la transformación y deificación del hombre. Paul Evdokimov, el famoso teólogo ortodoxo, afirma que el icono llama al hombre a una verdadera transformación de su ser profundo. Esto es verdaderamente el fin de la oración profunda: la transformación integral del hombre que, al comienzo, tendrá que ser más bien purificación, en la medida en que el individuo necesita encontrar sus niveles de percepción en un estado más límpido y transparente.

Este camino previo de purificación, en el caso de la religiosa misionera, se verificó casi prodigiosamente, de manera instantánea, gracias al contacto con el icono. Sería oportuno aquí recordar la riquísima tradición sobre el poder purificador y curativo del icono. Nuestro fin es ofrecer sugerencias para una contemplación del icono en lo profundo.

Llegado a este punto, tengo que confesar que fue verdaderamente el acontecimiento africano lo que me hizo comprender de manera más viva y sintética, que también una simple y sincera contemplación del icono es de por sí purificadora, y por sí sola puede facilitar la limpidez de los principales niveles de percepción, justamente como se requiere en el camino de la oración profunda.

Veremos más de cerca cómo se puede verificar esta purificación a través de un simple y gradual acercamiento contemplativo del icono. Por razones de claridad, veamos en primer lugar qué es la oración profunda y el camino de triple purificación que ella presupone como condición a la experiencia de lo profundo. Así será más fácil y comprensible acercarnos, con estas nociones, a la contemplación del icono en un paso sucesivo.

Siguiendo la descripción hecha por Antonio Gentili, la oración profunda se distingue de la oración litúrgica y de la oración vocal, como así también de la oración de sola meditación discursiva. Se puede también decir que la oración profunda abraza al mismo tiempo todas las formas de oración y de meditación, transformándolas. La oración profunda es aquella que busca abrir a la experiencia espiritual todos los dinámismos de la persona, especialmente los corporales, afectivo-sentimentales y mentales.

Nuestra tarea será entonces verificar cómo una primera contemplación del icono, si es seria y sincera, facilita al mismo tiempo la triple purificación de los niveles perceptivos que hemos solamente indicado.

PURIFICACIÓN DEL NIVEL CORPORAL

La tensión de nuestros músculos, incluso la más insignificante, es un enemigo de primer orden desde el comienzo de la meditación; un enemigo tanto más sutil si nuestras tensiones musculares no son percibidas y valoradas. Un músculo tenso desarrolla un trabajo por su cuenta, independiente de la meditación; es un contestatario que nos hace la guerra y no quiere colaborar. Tal vez comprendemos mejor esto con un ejemplo, aunque sea hipotético.

Imaginemos qué sorprendente desintegración de la personalidad tendría un individuo que, queriendo extender la mano para tomar el sombrero o abrir la puerta y salir al jardín, viera que su mano se dirige hacia otra dirección, o que sus piernas van en el sentido contrario a lo que él ha mandado.

Existen muchas personas inquietas, tensas. Para ellas la contemplación, la oración profunda, es algo desconocido o una experiencia unida a la dificultad de un tiempo de lucha contra varias distracciones y contra el aburrimiento. No se dan cuenta de que la primera batalla que deberían vencer es la de una auténtica relajación muscular. Aun antes de vigilar sobre la posición del cuerpo para la meditación, debemos procurar que cada músculo, cada parte de nuestro nivel corporal y de nuestra sensibilidad, sea receptivo, capaz y abierto a una experiencia espiritual.

Vemos ahora cómo la contemplación del icono, por una cierta actitud de imitación y asimilación (actitud muy humana), favorece esta calma y armonía corporal, necesaria para la contemplación.

La teología subyacente a toda representación del icono tiene como piedra angular el misterio de la encarnación y de la corporeidad del Verbo: *el Verbo se hizo carne*, o sea, se hizo cuerpo. Ahora bien, el cuerpo del Verbo es un cuerpo humano, pero es un cuerpo no turbado por las tensiones del pecado ni privado de la transparencia propia de los cuerpos que no están sujetos a la ley del desorden del pecado. Por eso, contemplar el cuerpo del Verbo a través del espejo del icono, puede ser también ocasión para recibir -como por contacto- la gracia de la limpidez, de la relajación y de la transparencia del cuerpo del Verbo.

El cuerpo del icono nos comunica su estabilidad y calma, su majestad e integración (cf. *Cristo Pantocrator*, Monreale). Los movimientos de las manos que bendicen, en su riqueza y variedad, muestran los dedos relajados y armónicos (cf. *Cristo Salvador*, Escuela de Tveri). Armonía y transparencia son igualmente manifestadas en el cuerpo de los iconos de la Santísima Virgen y de los santos: la bellísima posición de absoluta simetría y orden del cuerpo erguido de la Virgen del Signo, me parece un buen ejemplo de total armonía corporal: las palmas de las manos abiertas y receptoras, la línea vertical del cuerpo parado es equilibrada por la posición horizontal de los brazos, y estas dos líneas se cruzan en el profundo centro del corazón. Así, esta actitud nos habla de armonía entre lo de lo alto y lo de abajo, entre Oriente y Occidente, y al mismo tiempo de una actitud vigilante, erguida, receptiva, de espera y de disponibilidad total.

El cuerpo del icono se presenta también en posiciones muy diversas, como podemos constatar por ejemplo en la famosa *Natividad* de la escuela de Rublev, donde los cuerpos de los dos protagonistas, el del Niño y el de la Madre, aparecen en el centro de la representación completamente relajados y distendidos. También las otras figuras de este riquísimo icono, dentro de la variedad de las diversas posiciones y actitudes corporales representadas en los tres planos de la escena, son todas figuras que manifiestan calma y ritmos contemplativos, sea en la adoración (ángeles), sea en la admiración por el descubrimiento (pastores), sea en la reflexión (san José), y también en la actividad (los Magos, las comadronas que preparan el baño al recién nacido): ningún gesto de rigidez corporal, de apuro o de tensión en ningún personaje; cada gesto y cada acción están perfectamente concentrados y en armonía con el conjunto de toda la persona: papel de servicio, de adoración, de escucha, de meditación, de búsqueda, de profundo y abierto descanso contemplativo.

PURIFICACIÓN DEL NIVEL AFECTIVO

El segundo nivel que se debe purificar en el camino de la oración profunda es el de los sentimientos. Cuando hablo de purificación y pacificación de los sentimientos y emociones, no me refiero solamente a sentimientos o a emociones fuertes, aunque ante todo debemos pacificar las zonas más alteradas de nuestro ánimo.

Normalmente no tendremos que calmar grandes tempestades. Lo que sí fácilmente encontraremos con un poco de atención vigilante, son pequeñas tensiones emocionales acumuladas a lo largo del día antes de la meditación, o también provocadas por las preocupaciones por el día que nos espera:

En forma similar a las tensiones musculares, estos pequeños sentimientos se encuentran escondidos en una zona en la cual la conciencia no es clara, y desde ese lugar bombardean la armonía interior de la persona y le impiden entrar en el clima de la oración plena y profunda. Una conversación en la cual no hemos podido expresarnos bien, una compra mal hecha, una visita que esperamos, el proyecto que hemos echado a andar, etc., pueden ser causa de pequeñas tensiones sentimental-emocionales.

La contemplación del icono es ya una apertura a una atmósfera afectiva de paz, de luz y de serenidad, a la cual la imagen se presenta muy vinculada: hemos visto cómo los gestos de las manos nos invitan a una elevación de los deseos hacia lo alto, o, en el caso de la Madre de Dios, nos hablan de un camino hacia el Hijo. Pero la dimensión del icono que más directa y profundamente habla al nivel emotivo y lo santifica, es la del color.

Es muy conocido el hecho de que el color provoca una sutil reacción sentimental en la psique. Lo saben muy bien los psicólogos, los psiquiatras, los artistas de cualquier cultura y de todos los tiempos. En el icono el color es siempre positivo, siempre combinado de manera que estimule los sentimientos líni-

pidos y purificadores. Esta positividad se manifiesta primeramente en la típica ausencia de sombras en las caras y en las figuras: se puede decir, en el sentido más amplio, que el mundo del icono es un mundo sin sombras, o un mundo donde la sombra es elevada y redimida, o sea, transformada en luz. El fondo del icono está a menudo lleno de luz dorada y celeste: La *Transfiguración* de la escuela de Novgorod (siglo XV), es una explosión de luz, que proviene del núcleo luminoso y blanquísimo: Cristo, luz del mundo: Es este el icono de la luz y de la ausencia de las sombras por excelencia. En la contemplación de esta bellísima teofanía, nuestra mirada se focaliza enseguida sobre la figura radiantemente blanca de Cristo: parece como que el Espíritu ha transmitido al iconógrafo el secreto de esta ultraterrenal y misteriosa blancura que salió de la vestimenta de Cristo, de la cual habla especialmente el evangelista san Marcos al relatar la escena: *Ningún batanejo en esta tierra hubiera podido hacerlas más blancas* (Mc 9,3). De Cristo emana su gozosa luz a través de los círculos de luminosa gloria cada vez más claros y radiantes. Los colores de la tierra nueva y transfigurada por Cristo, son una sinfonía que comunica a nuestro nivel emotivo mensajes de purificación y de una gozosa existencia vivida, caminando limpiamente con Cristo en la tierra nueva. En su obra sobre la introducción a la contemplación del icono que tiene como título "*Transfiguración*", María Giovanna Muzj comenta este icono subrayando la elevación espiritual de los sentimientos comunicada por sus colores:

Toda la escena está sumergida en una luz solar de pleno día, sin sombras. Los colores cálidos, profundos, activos desde el amarillo-naranja al rojo púrpura en contraste complementario con el conjunto frío de los diversos tonos verdes, son los de la naturaleza que llega a la cumbre de su desarrollo y de su vitalidad: es el gran día sin ocaso del solsticio de verano. Sobre el círculo de gloria, que es también el círculo del tiempo, el Cristo luminoso indica la vertical del cenit y el solsticio eterno (p.123).

Otro icono que habla directamente a la purificación del nivel afectivo es el del *Descenso a los infiernos*. Cristo baja a los niveles más bajos y oscuros para transformar e iluminar a los que se encuentran "en las sombras" y purificarlos así en una sucesiva elevación. Todas las llamadas a despertarnos a la luz de la resurrección que nos comunica este icono son otros tantos estímulos para la purificación de nuestros oscuros desvíos y de nuestras rigideces sentimentales y afectivas, escondidas en las sombras de las zonas menos accesibles a nuestro conocimiento ordinario.

PURIFICACION DEL NIVEL MENTAL

El tercer nivel que debemos pacificar y purificar en el camino de la oración profunda es el nivel mental. Es también el nivel más difícil pues se resiste a entrar en una dimensión de calma y de silencio contemplativo. No pocos autores espirituales consideran la contemplación sinónimo de calma o de silencio mental.

Santa Teresa de Avila ha estudiado, como pocos maestros lo han hecho, las dificultades que se encuentran en la purificación de este último nivel. La Santa tuvo que probar por experiencia personal durante gran parte de su vida, la dualidad de la personalidad profunda, abierta hacia la silenciosa presencia de Dios, mientras el intelecto queda en la superficie de la conciencia, provocando interferencias con su movilidad y falta de serenidad.

Santa Teresa, para expresar con mayor claridad la experiencia personal de esta interferencia, llegó a detallar una personificación de esta movilidad intelectual usando ese modo suyo o estilo desenvuelto tan característico.

Ella relaciona el intelecto -entendimiento- con un "peregrino inquieto" que no desea en absoluto volver a casa para descansar; por el contrario, "va buscando otros alojamientos para entreterirse". Otras veces el intelecto se convierte en una angustiosa caridad de "leños secos" que apagan la débil llama de la presencia divina desde hacía poco tiempo encendida en lo profundo del ser. O también en la "paloma" que vuela inquieta aquí y allá para buscar su alimento sin llegar nunca a integrarse en su profundidad interior. O en el "enjambre de abejas" que continúa trabajando fuera de la colmena. El intelecto inquieto es ruidoso, es un agudo buscador de razones, un esposo "falso" que molesta a su respetable esposa o, como se podía adivinar, un loco.

Todas estas imágenes tienen la fuerza de aclararnos lo que en realidad es la pacificación del nivel intelectual, tan necesaria para contemplar de manera completa y armónica el icono. No se puede captar el misterio más profundo del icono, con el intelecto lleno de ruido e inquietud: en este caso vemos no el icono, sino nuestro propio ruido y confusión. Los que deseen comprobar personalmente -en cualquier momento del día- de qué forma el intelecto es peregrino incorregible, bastará que cierren los ojos y traten de reducir a la inmovilidad el flujo de pensamientos que con seguridad vendrán a su mente. Con seguridad también nuestro peregrino buscará por todos los medios poner en movimiento todos los artificios que le permitirán evadirse, eludiendo la invitación al descanso y a la calma mental.

Entonces, si queremos contemplar el icono con la mente silenciosa y transparente, libre de confusiones, nos podremos preguntar: ¿de qué manera se puede llegar al reposo del "peregrino"?

Sobre todo debemos saber reconocer bien lo que sería una manera completamente errada y nociva de pacificar este nivel. No se puede atacar directamente a nuestro inquieto vagabundo, procurando someterlo por la fuerza. La función de la voluntad es sin duda necesaria en este trabajo, pero no en el sentido de que la voluntad se esfuerce en sujetar directamente el intelecto inquieto, sino más bien en el de que busque convertirlo en *intelecto vigilante*. Mantener al peregrino en un estado de vigilancia pasiva será la gran misión de la voluntad.

Las corrientes de espiritualidad oriental que buscan enseñarnos prácticamente el descanso mental nos ofrecen dos imágenes clásicas que expresan plás-

ticamente lo que hemos afirmado, y al mismo tiempo nos introducen en la técnica de la vigilancia.

La imagen del pastor: un pastor (el intelecto vigilante), de pie y apoyado con firmeza en su bastón, vigila en silencio y atentamente sobre su rebaño (pensamientos e imágenes). La grey se mueve, se traslada al campo vecino o baja hacia el río que está cerca... pero el pastor queda inmóvil, de pie y tranquilamente vigilante, sin abandonar nunca su actitud sosegada.

La imagen del hombre en la ribera del río: un peregrino (el intelecto vigilante) está sentado a la orilla del río contemplando el agua. La corriente (pensamientos-imágenes) pasa invariablemente delante de él: en la superficie aparecen briznas de hierbas, hojas secas y otros objetos que desfilan delante de sus ojos en silencio. El hombre puede permanecer en su lugar, sereno, a la orilla del río, limitándose solo a mirar tranquilamente el correr de las aguas.

Estas imágenes nos introducen en aquella actitud de "vigilancia activa" necesaria para la pacificación mental e importante para una contemplación más completa y armónica del icono en lo profundo.

En las tres semejanzas háy un elemento inmóvil, el intelecto vigilante, y un continuo flujo de elementos que pasan: los pensamientos, las imágenes y, para usar un término familiar a la ascética tradicional, las "distracciones". Quien desea rezar profundamente tendrá que vérselas con este flujo y reflujo de "distracciones", tanto más frecuentes cuanto más molestada se encuentra la persona por cosas extrañas a la oración.

Pero recordarán que también; el acercamiento contemplativo, serio y sincero, al icono, puede facilitar la purificación de los niveles y, en este caso, del nivel mental. ¿Cómo puede llegar este silencio mental, tan difícil de obtener, siendo necesaria tanta ascesis y ejercicios espirituales? ¿De qué manera llegaremos a poner en silencio a nuestro inquieto "peregrino" para que mire al icono? Y además ¿será suficiente que lo mire solamente?

Diría que no bastará una mirada cualquiera. Bastará mirar, pero poniéndose en contacto con aquello que me atrevería a llamar "la mente del icono".

En los niveles precedentes hemos visto que el icono tiene una dimensión corpórea, tiene un cuerpo, con el cual nos podemos poner en contacto por medio de un simple pero atento conocimiento visual de las actitudes corporales de la imagen. También hemos constatado que el icono tiene un clima de sentimientos espirituales que elevan y purifican nuestros propios sentimientos; es igualmente posible entrar en contacto con este mundo de elevados sentimientos captando la luminosidad del icono, dejándose estimular por la sinfonía de los colores que hablan directamente al mundo de los afectos y de los sentimientos. Pero el icono tiene también una "mente" o, si prefieren, un nivel mental-espiritual, con el cual nos podemos poner en contacto, y hacer que la mente del contemplativo llegue, poco a poco, a estar silenciosa y calma como la "mente del icono".

No encuentro manera mejor de hacer asimilar a una mente inquieta y ruidosa la calma y el silencio de la "mente del icono" que centrar la propia mirada en las miradas de los diversos personajes representados por el artista iconógrafo.

Se ha dicho que los ojos son el espejo del alma, del espíritu. Por eso los ojos del icono son igualmente una ventana para penetrar más allá del cuerpo y de los sentimientos de estas misteriosas imágenes: Diría que, si contemplamos con respeto y seriedad los ojos del icono, entonces él nos revelará su más grande y profundo secreto que será al mismo tiempo el secreto de la contemplación.

Los ojos del icono así contemplados ayudarán a tener una mirada mental desapegada, y al mismo tiempo lista y vigilante, como la imagen del pastor delante de su rebaño. Los ojos del icono son calmos y distendidos, pero al mismo tiempo penetrantes y observadores: nada escapa a estas miradas, ni una brizna de hierba, como nada escapa al tranquilo peregrino sentado a la orilla del río. Pero, sobre todo, los ojos del icono que han llegado a ser límpidos y purificados, nos hacen vislumbrar, adivinar, un cierto "más allá", son una invitación a contemplar sin velos. En este último aspecto, la contemplación del icono no se limita a llevarnos a nuestro descanso y nuestro silencio mental, sino que también nos conduce más allá, adonde desea penetrar todo contemplativo que ha llegado a mantener sus niveles de percepción en armonía y silencio (cf. Virgen de la Ternura: "Belozérskaja").

Es bien conocida la expresión que define al icono como una ventana abierta sobre lo invisible, sobre la eternidad. En este sentido, contemplar en silencio total un icono es abrirse a una nueva manera de captar la verdad y las realidades eternas que la tradición teológica nos ha enseñado a través del camino conceptual. Pero aquí nos acercamos a estas realidades, no a través de argumentos discursivos, sino a través de la mirada del icono que "ve" aquel "más allá" que las palabras y la teología no llegan a comunicar y a transmitir a todos los niveles personales armonizados. No se reflexiona, no se hacen discursos con la mente sino que se contempla, se admira, se "gusta" y se descubre hasta el estupor el sabor de la verdad.

"La belleza decía Platón es el esplendor de la verdad". En el caso del icono no se trata de una simple armonía estética, sino de una belleza y una verdad infinitamente superior, espiritual, comunicada por el Espíritu al hombre de fe que es el artista iconógrafo. Así la "mente del icono" es como un reflejo de la Belleza increada. Los ojos de las personas representadas en el icono son ojos de seres iluminados. Caras y ojos que contemplan el rostro de Dios, a través de los cuales Dios nos contempla. Así se verifica el fenómeno muchas veces constatado en mis cursos de meditación, o sea, que la persona empieza a mirar al icono y, casi sin darse cuenta, termina por dejarse prender por la mirada que la envuelve: "Había empezado la meditación mirando al icono, afirman, y terminé constatando que era el icono el que me miraba".

Si verdaderamente nos atrevemos a quedarnos en silencio, contemplando estas misteriosas miradas, el secreto más grande del icono se abrirá ante nosotros. La

vibración contemplativa de estas miradas se nos comunicará y así podremos recibir la "gracia" de este cuasi-sacramento, del cual toda la estructura compo- sitiva con sus líneas y sus colores no es más que la materia y la forma.

Esta preciosa "gracia del icono" es como un preludio de la gracia del en- cuentro definitivo con el rostro de Cristo glorioso. San Agustín, recordando este encuentro, afirma: "Convirtiéndose a El, nos mostrará su rostro, y seremos sal- vados", y agrega: "Entonces seremos saciados, y nos bastará". Pero el santo re- conoce la dificultad de contemplarlo cara a cara en el momento presente, y aña- de: "No comprendemos aún que su nombre haya existido antes que el sol (cf. Sal 71,17), reconozcamos que ha puesto su tabernáculo al sol (cf. Sal 18,6). No vemos todavía al Hijo único que está en su Padre, recordemos al esposo que sale de su tálamo (cf. Sal 18,6). Si todavía no estamos preparados para el ban- quete de nuestro Padre, reconozcamos el pesebre de Nuestro Señor Jesucristo" (Sermo 194,3-4, PL38, 1016-1017).

Yo diría que contemplar el icono en lo profundo, del modo expuesto, será también una manera de acercarnos a la última gracia del encuentro definitivo con Cristo, de manera similar a lo propuesto por san Agustín, sólo que, en nues- tro caso, el icono actúa al mismo tiempo de tabernáculo puesto al sol, de cámara nupcial y de pesebre.

A nosotros nos corresponde solamente el coraje de mirar con ojo-límpido, porque entonces, como Cristo nos asegura: "todo será resplandeciente" y el icono-mismo nos revelará su resplandor.

Desearía terminar con una anécdota de la vida de Andrés Rublev, relatada por el teólogo del icono, Pául Evdokimov, que resume de manera simple y direc- ta lo que hemos expuesto sobre la contemplación del icono. Se dice de este san- to iconógrafo que cuando san Nicón le encargó a su discípulo Daniel decorar el iconostasio de la abadía de la Santa Trinidad, los dos santos amigos aprove- chaban los días festivos, cuando no trabajaban, para ir a contemplar ante el icono que estaban pintando. La frase exacta, referida por Evdokimov, dice: "se sentaban delante de los venerables y divinos iconos; y mirándolos sin distrac- ción... elevaban continuamente su espíritu y su pensamiento a la luz inmaterial y divina..." (*Teología de la belleza*, p. 233).

Mientras nosotros siguiendo un camino progresivo hemos tratado de mani- festar con explicaciones y ejemplos, que es posible acercarse al secreto del icono, el Beato Andrés y su discípulo se dejaban absorber y penetrar en silencio, sin métodos, sin esquemas o grados introductorios: sencillamente se sentaban de- lante del icono y se atrevían a contemplarlo verdaderamente, cara a cara y sin distracciones. Esto es lo que significa para mí contemplar el icono en lo profundo.